

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: AV. VIEL 1166.—SANTIAGO

**PREVENCION.**—“La Voz de los Muertos,, no tiene día ni época fija, para salir á luz; se publicará todas las veces que los medios y las circunstancias lo permitan; posiblemente una vez al mes.

Los que se interesen en su lectura, y deseen recibirla puntualmente, no tienen más que dirigirse á esta redaccion y se les enviará sin desembolso alguno .

### Un Papa Espiritista.

EL ESPIRITISMO EN EL PRIMER  
CONCILIO ECUMÉNICO.  
LOS FENÓMENOS ESPIRÍTAS  
I LOS PADRES DE LA IGLESIA.  
MIEMBROS ILUSTRES DEL CLERO, QUE  
CREEN EN LAS MANIFESTACIONES  
DE LAS ALMAS.

UN CARDENAL QUE NO CREE EN LA  
INTERVENCIÓN DEL DEMONIO.

En la hoja núm. 3 hemos afirmado que los cristianos de los primeros siglos conocían perfectamente las practicas necesarias para entrar en relación con las almas de los muertos, y no dejaban de recurrir á ellas siempre que lo consideraban necesario. A fin de que no se nos pueda tachar de *afirmar ó negar sin aducir pruebas sólidas y convincentes de nuestras afirmaciones*, citaremos aquí algunos hechos que consideramos suficientes para comprobar nuestros asertos.

El papa San León había escrito á San Flavio, obispo de Constantinopla, una carta sobre la herejía de Eutiques y de Nestorio, pero ántes de darle curso, la había depositado en el sepulcro de San Pedro, que había mandado abrir, y junto al cual estuvo orando y ayunando por espacio de cuatro días, suplicando al príncipe de los apóstoles para que corrigiese él mismo lo que pudiera haber escapado á su debilidad y á su prudencia, de contrario á la fé y á los intereses de su Iglesia. Al cabo de cuatro días, el príncipe de los apóstoles se le apareció y le dijo: «He leído y he corregido.» El papa abre la tumba, y encuentra efectivamente el escrito corre-

gido. (1).

Pero este otro vale más aún. Según Gregorio de Cesárea (2) y después de él Nicéforo (3), un concilio todo entero había evocado á los espíritus. Durante el curso de las sesiones del concilio, y antes de que los padres hubieran podido firmar las decisiones, dos piadosos obispos, Crisanto y Misonio, murieron. El concilio, después de haber dado su sentencia, sintiendo vivamente no poder unir su voto al de los demás, se trasladó en cuerpo junto á su tumba, y tomando la palabra uno de los padre: «Santísimos pastores, dijo, hemos terminado juntos nuestra carrera y reñido los combates del Señor; si nuestra obra le es agradable, dignaos hacérmolo saber poniendo en ella vuestra firma.» La decisión fué sellada inmediatamente y depositada en la tumba sobre la cual aplicó el sello del concilio, después de haber pasado toda la noche en oración. Al día siguiente al amanecer, rompen los mismos sellos y encuentran al pié del manuscrito las líneas siguientes con las rúbricas y las firmas de los difuntos consultado: «Nosotros, Crisanto y Misonio, que hemos consentido, con todos los Padres, en el primero y santo Concilio Ecuménico, aunque despojados al presente de nuestros cuerpos, hemos sin embargo inserto, con nuestra propia mano, su decisión. «La Iglesia, según Nisóforo, consideró esta manifestación como un triunfo notable y positivo sobre sus enemigos.»

No procede cuerdamente el clero roma-

(1) SOFRONIO, Cap. CXLVII.

(2) En LIGROMAN, t. VI. Discurso sobre el Sinodo de Nicea.

(3) Libro VII, cap. XXIII.

no condenando hoy las evocaciones, puesto que la Iglesia se tiene por infalible, y que un Papa y un Concilio no temieron recurrir á ellas.

(*Revue Scientifique et Morale du Spiritisme*, Enero 1900, pág. 450.)

Entre los Padres de la Iglesia, Orígenes, aquel sabio á quien San Gerónimo consideraba como el gran maestro de la Iglesia, después de los Apostoles, habla con frecuencia en sus obras de las manifestaciones de los muertos.

En su controversia con Celso, dice:

«No dudo de que Celso se burla de mí, pero sus mofas no me impedirán decir que muchas personas han abrazado el Cristianismo como á pesar suyo, habiendo sido su corazón cambiado de tal modo repentinamente por algún Espíritu, sea por una aparición, sea por un sueño, que en lugar de la aversión que tenían por nuestra fe, la han amado hasta morir por ella. Tomo á Dios por testigo de la verdad de lo que afirmo: él sabe que no quiero hacer recomendable la doctrina de Jesús por medio de historias fabulosas, sino por la verdad de hechos incontestables.» (1)

El celebre obispo de Hipona, San Agustín, no es menos afirmativo. En sus cartas hace mención de «apariciones de difuntos yendo y viniendo por sus habitaciones acostumbradas—y haciendo predicciones que los sucesos confirman.» (2)

En su tratado *De cura pro mortuis*, habla en estos términos de la manifestación de los muertos:

«Los espíritus de los muertos pueden ser enviados á los vivos; pueden revelarles el porvenir que ellos mismos han sabido, ya por otros espíritus: ya por los ángeles, ya por revelación divina.» (3)

En la *Ciudad de Dios*, á propósito del cuerpo lúcido, etereo, aromal, que es el periespíritu de los espiritistas, habla de las operaciones teúrgicas que le hacen propio para comunicar con los espíritus y los ángeles, y para recibir visiones.

San Clemente de Alejandría, San Gre-

gorio Nacianzeno, en su *Discurso catequístico*, y el mismo San Gerónimo en su famosa controversia con Vigilantius el Galo se pronuncian en el mismo sentido.

Santo Tomás de Aquino, el Angel de la escuela, (nos dice el abate Poussin, profesor en el seminario de Niza, en su obra *El Espiritismo ante la Iglesia*, 1866, «comunicaba con los habitantes del otro mundo, con muertos que le informaban del estado de las almas por las cuales se interesaba y con los santos que le confortaban y le abrian los tesoros de la ciencia divina.» (1)

Aún en una época más reciente en el seno de la misma Iglesia, los espíritus penetrantes han comprendido la importancia de las manifestaciones espiritistas y su verdadero carácter.

El padre Lacordaire escribía el 20 de Junio de 1853 á Mme. Svetchine á propósito de las mesas giratorias: «Quizás también, mediante esta divulgación, Dios quiera proporcionar el desarrollo de las fuerzas espirituales al desarrollo de las materiales, á fin de que el hombre no olvide, en presencia de las maravillas de la mecánica, que hay dos mundos, incluidos el uno en el otro, el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus.»

Bajo el título: *Del Discernimiento de los Espíritus*, el Cardenal Bona, ese Fenelón Italiano, consagra una obra al estudio de las varias categorías de espíritus que pueden manifestarse á los hombres.

«Motivo hay para asombrarse, dice, de que haya podido haber hombres de buen sentido que se hayan atrevido á negar completamente las apariciones y las comunicaciones de las almas con los vivos, ó á atribuir las á una imaginación engañada, ó bien al arte de los demonios.»

Este Cardenal, lumbrera de la Iglesia, no preveía seguramente los anatemas del reverendo señor Vergara A. y de su eminencia el Obispo D. Ramón A. Jara contra lo que por decencia se ha dado en llamar *Espiritismo*, y que con más propiedad debería llamarse el *Satanismo de nuestros dias*. (2)

LA REDACCIÓN

(1) (2) ORIGENES, edición benedictina de 1733, p. 361 y 362.

(3) Carta á Evodius, Ep. CLIX, edición Benedictina, t. II col. 562. y DE CURA PRO MORTUIS, t. VI, col. 523.

(1) Se lee en la SUMA, -I, q. 89, 8, 21n-El Espíritu, ANIMA SEPARATA, puede aparecerse á los vivos.

(2) Testuales palabras de S. E. pronunciadas en su discurso, del 10 de Octubre, en la Universidad Católica.

## EL ESPIRITISMO

Y LOS JESUITAS.—Acaba de aparecer un interesante folleto con este título. Trata de la cuestión promovida por los jesuitas contra el Espiritismo en 1876 y lleva en sus primeras páginas el retrato de don Francisco Basterrika, que en aquella época defendió brillantemente esta doctrina. Se ocupa también dicho folleto de refutar las conferencias dadas contra el Espiritismo en la Universidad Católica de Santiago por el Rector de ese establecimiento.

Tenemos á nuestra disposición algunos ejemplares de esta publicación que enviaremos gratis á nuestros lectores que nos la pidan.

## LOS DEMONIOS

Origen de la creencia en los demonios — Los demonios según la Iglesia — Los demonios según el Espiritismo.

(continuación núm. 4)

ó la escena es verdadera, ó no lo es. Si es verdadera, no hay ninguna incertidumbre, y entónces, ¿por qué la Iglesia no corta la cuestión? Si la Iglesia y la historia se callan, si solamente la causa parece cierta, esto no es más que una suposición, y la escena que se describe es una obra imaginaria.

3.º Las palabras atribuídas á Lucifer acusan una ignorancia que causa admiración en un arcángel que por su misma naturaleza y en el grado en que está colocado, no debe tener, sobre la organización del universo, los errores y las preocupaciones que los hombres han profesado, hasta que la ciencia viniera á ilustrarles. ¿Como pudo decir: Estableceré mi morada sobre los astros? ¿Dominaré las nubes más elevadas? ¿Esta es la antigua creencia en la Tierra como centro del mundo, del cielo de las nubes que se extienden hasta las estrellas, en la región limitada de estas formando bóveda, y que la astronomía nos demuestra, al contrario, diseminadas en el espacio infinito. Como se sabe hoy que las nubes no se extienden más allá de dos leguas de la superficie de la tierra, para llegar á decir que dominaría las más elevadas nubes, y para hablar de las montañas

era preciso que la escena pasase en la superficie de la Tierra, y que en ella estuviera la mansión de los ángeles; si esta mansión está en las regiones superiores, era inútil decir que se elevaría más arriba de las nubes. Querer que los ángeles tengan un lenguaje tan ignorante, es confesar que los hombres de hoy saben más que los ángeles. La Iglesia ha tenido siempre el inconveniente de no contar con los progresos de la ciencia.

La respuesta á la primera objeción se encuentra en el pasaje siguiente:

«La escritura y la tradición dan el nombre de cielo al lugar en que los ángeles habían sido colocados en el momento de su creación. Pero este no era el cielo de los cielos, el cielo de la visión beatífica, donde Dios se muestra á sus elegidos cara á cara, y donde sus elegidos le contemplan sin esfuerzos y sin obstáculos, porque allí no hay peligro ni posibilidad de pecar; la tentación y la flaqueza son desconocidas; la justicia, la alegría y la paz reinan con una inmutable seguridad; la santidad y la gloria no pueden perderse. Esta era, pues, una región celeste, una esfera luminosa y afortunada, donde estas nobles criaturas, tan favorecidas con la comunión divina, debían recibirla y adherirse á ella por la humildad de la fé antes de ser admitidas para ver claramente la realidad en la misma esencia de Dios.

Resulta de lo que precede que los ángeles que han faltado pertenecen á una categoría menos elevada, menos perfecta, y que no habían alcanzado todavía el lugar supremo donde la falta es imposible. Admitido: pero en este caso tenemos una contradicción manifiesta, porque se ha dicho más arriba que: «Dios los había hecho en todo semejantes á los espíritus sublimes, que confundidos en todos sus órdenes y mezclados entre sus filas, tenían el mismo fin y el mismo destino, que su jefe era el más hermoso de los ángeles.» Si en todo fueron hechos semejantes á los ángeles, no eran de una naturaleza inferior; si estaban mezclados en todas sus filas, no estaban en lugar especial. De ese modo la objeción subsiste por completo.

Hay otra que sin contradicción es la más grave y la más seria.

(continuará)

LEÓN DÉNIS

## EL POR QUÉ DE LA VIDA

(Continuación núm. 4)

Si la vida está circunscrita de la cuna á la tumba, si las perspectivas de la inmortalidad no vienen á iluminar nuestra existencia, no le queda al hombre más ley que la de sus instintos, de sus apetitos y de sus goces. Poco importa que se afane por el bien y la equidad; no haciendo más que aparecer y desaparecer en este mundo llevándose consigo en el olvido sus afecciones y sus esperanzas, cuanto más puras i elevadas sean sus aspiraciones, tanto mayores serán sus sufrimientos. Amante de la justicia, está condenado á no ver casi nunca su realización. Apasionado por el progreso, soldado del derecho, sensible á los males de sus semejantes, se extinguirá antes de haber visto triunfar sus principios.

Con la creencia en la nada, cuanto más hayais practicado la abnegación y la justicia, tanto más amarga y abundante en decepciones será vuestra vida.

El egoismo bien entendido seria la sabiduría suprema: la existencia perderia toda grandeza, toda dignidad. Las más nobles facultades, las más generosas tendencias del espíritu humano acabarían por marchitarse, por extinguirse completamente.

La negación de la vida futura suprime también toda sanción moral. Con ella, todos los actos, buenos ó malos, criminales ó sublimes conducen al mismo resultado. Las existencias miserables, la obscuridad, la opresión, el dolor, no hallan compensación alguna. Ya no hay consuelo en la prueba, no hay esperanza para el aflijido.

Ninguna diferencia en el porvenir entre el egoísta que solo ha vivido para sí y con frecuencia á expensas de sus semejantes, y el mártir y el apóstol que han sufrido y sucumbido combatiendo por la emancipación y el progreso de la raza humana. La misma sombra les espera á todos.

Si todo termina con la muerte, el sér no tiene razón ninguna para contenerse ni reprimir sus instintos y aficiones. Fuera de las leyes terrestres nada puede imponerle límites. El bien y el mal, lo justo y lo injusto se confunden igualmente y se mezclan en la nada. Y el suicidio será siempre un medio de escapar á los rigores de las leyes humanas.

La creencia en la nada, al mismo tiempo que destruye toda sanción moral deja sin resolver el problema de la desigualdad de las existencias, de las facultades, de las aptitudes, de los méritos.

En efecto, ¿por qué han de tener unos todos los dones del espíritu y el corazón, los favores de la fortuna, y á otros solo les toca en suerte pobreza intelectual, vicios y miseria? ¿Por qué en una misma familia, parientes, hermanos, formados de la misma carne y de la misma sangre difieren esencialmente en tantos puntos? Estas son otras tantas cuestiones insolubles para los materialistas como también para muchos creyentes. Vamós, pues, á examinar brevemente estas cuestiones á la luz de la razón.

### III.

#### ESPÍRITU Y MATERIA.

No hay efecto sin causa; nada procede de nada. Estos son axiomas, esto es, verdades incontestables. Pues bien, como está probado que en cada uno de nosotros existen fuerzas y potencias que no pueden ser consideradas como materiales es menester para explicar su causa remontarse á otro origen que la materia, á ese principio que llamamos alma ó espíritu.

Cuando interrogándonos á nosotros mismos queremos aprender á conocernos, á analizar nuestras facultades, cuando apartando de la superficie de nuestra alma la espuma que en ella acumula la vida, la espesa envoltura con que han revestido nuestra inteligencia las preocupaciones, los sofismas y una mala educación, penetra-

(continuará)

Santiago (Chile), Noviembre de 1907.